



Fernando López Castellano, compilador
Desarrollo:
Crónica de un desafío permanente
 Universidad de Granada, Granada, 2007,
 374 págs.

Es una idea reiterada por todos los analistas que si hubiera que fijar una fecha a modo de icono para marcar el inicio sin reservas de la era del desarrollo, esa sería el 20 de enero de 1949. Fue ese día cuando, en su “Discurso sobre el estado de la Unión”, el entonces presidente Truman hizo alusión, además de a tres puntos clave de su política exterior –apoyo a Naciones Unidas, continuidad de la reconstrucción europea vía Plan Marshall e intención de crear una organización militar común de defensa (OTAN) para neutralizar la amenaza soviética–, al imperativo que Estados Unidos tenía de ayudar a salir de la pobreza y la marginación a las “regiones insuficientemente desarrolladas”. Es el conocido como Punto IV, y con él dio comienzo a un tiempo nuevo en el que el “desarrollo”, verdadero discurso civilizatorio de la segunda mitad del siglo XX, devino en una utopía de fuerza arrolladora y legitimadora de la articulación de todo un complejo andamiaje institucional orientado a materializarlo sobre el terreno y

objeto de estudio de nuevas disciplinas –la Economía del Desarrollo entre ellas–. Disciplinas centradas en desvelar las leyes y los modelos que habrían de permitir planificar el tránsito de los “subdesarrollados” al beatífico paraíso del Primer Mundo.

Sesenta años después, sin embargo, y a pesar de todo el elenco de agencias implicadas (desde los grandes organismos multilaterales hasta los millares de ONG comprometidas con la cooperación internacional) y de los cuantiosos recursos invertidos, las promesas del desarrollo parecen sencillamente inalcanzables: baste con constatar el desfase existente entre el primero de los célebres Objetivos de Desarrollo del Milenio –reducir a la mitad la incidencia de la subnutrición en el horizonte de 2015– y el reconocimiento sin paliativos por parte de la FAO, en su último informe sobre la inseguridad alimentaria en el mundo (2008), de que el hambre está aumentando a escala planetaria. En cualquier caso, si tras décadas de intervenciones millonarias en pos del desarrollo la situación es la que dejan entrever las estadísticas de las mismas instituciones implicadas en su consecución –el hecho innegable de que la brecha que separa a los ricos de los pobres se ensancha permanentemente–, se puede deducir que algo falla en los diagnósticos y en las medidas implementadas para paliar los desequilibrios existentes entre colectivos humanos, países o regiones. Tal vez una de las raíces del problema sea su misma conceptualización: de la mano de la *episteme* desarrollista, en efecto, se ha identificado frecuentemente el “subdesarrollo” como una suerte de estado patológico, una anomalía en la senda “natural” que ha de conducir a las naciones por la senda transitada exitosamente por los países “desarrollados”. Partiendo de ese supuesto, profundamente enraizado en la creencia occidental en la existencia del “progreso”, los diferentes paradigmas de la Economía del Desarrollo han sugerido todo tipo de recetas a ser aplicadas sobre los pacientes aquejados por tan singular enfermedad: desde mode-

los fuertemente estatistas y proteccionistas hasta apuestas radicales por la desestatización extrema y el libre albedrío de las fuerzas del mercado, pasando por todos los estadios intermedios y todos los paliativos imaginables en forma de programas de cooperación técnica, ayuda alimentaria e inducción de un sinnúmero de experimentos de ingeniería social.

El libro de Fernando López Castellano nos ofrece precisamente un viaje fascinante a través de los vericuetos intrincados por los que han transitado las teorías del desarrollo: empresa compleja, dada la inabarcable literatura de todo tipo que el tema ha generado, que se salda en este caso con una compilación amplia, plural e ilustrativa del universo poliédrico característico del debate académico sobre el desarrollo y su naturaleza. Me parece que vale la pena destacar, a trazo grueso, varios elementos de la propuesta que nos hace el autor. El primero es el mismo título que enmarca la obra, *Desarrollo: Crónica de un desafío permanente*, esfuerzo por ubicarnos de entrada ante la recurrencia de la contradicción básica y fundamental existente entre el quimérico objetivo teórico del desarrollo (el desafío) y la tozudez de una realidad clasificada como anómala (la del llamado Tercer Mundo) que parece escapar siempre a los designios civilizatorios de teóricos, técnicos, planificadores y gestores de las políticas de desarrollo. El segundo es el estudio introductorio del propio compilador y sus comentarios sobre los autores y los textos seleccionados. Ahí nos encontramos con algo más de lo que suele ser habitual en otras recopilaciones, pues lo que se nos ofrece es un ensayo de alto nivel, bien trabado y muy bien escrito que recorre y contrapone las propuestas teóricas más remarcables de los cuatro ejes temáticos en que ha dividido la antología de textos. Se trata, en suma, de una excelente guía para el viajero que quiera iniciarse en la singladura de algunos de los mares que bañan las costas del mundo del desarrollo: guía sin conclusiones, para más señas, que deja en manos del lector la decisión final sobre en

qué playas recalar o en qué enclaves apostarse para contemplar la tierra firme.

El tercer aspecto a remarcar es la originalidad del criterio con que se clasificaron y se seleccionaron los textos y los autores presentes en el volumen. La obra se estructura en torno a cuatro grandes ámbitos, cada uno de los cuales aparece representado por tres o cuatro artículos. El primero, “Neoinstitucionalismo, acción colectiva y Economía Política del Desarrollo”, incidiendo en las aportaciones de la Nueva Economía Institucional, incluye trabajos en los que, desde atalayas diferentes, se investigan las relaciones constatables entre el desarrollo económico y las instituciones (textos de Mancur Olson, Robert Bates y Dani Rodrik y Arvind Subramanian). El segundo, “Desarrollo, subdesarrollo y evolución del sistema económico mundial”, recoge cuatro contribuciones de la crítica dependentista al desarrollo, entendiéndolo como cortina de humo de la lógica polarizante del sistema mundo, así como parte de una visión estandarizada, unilineal y ascendente de la Historia, habitual en las teorías dominantes al uso (artículos de Samir Amin, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y Michell Aglietta). El tercero, “Más allá de la pasión por el crecimiento”, muestra propuestas de autores que, conscientes de las limitaciones emanadas de la identificación axiomática de “crecimiento” con “desarrollo”, proponen otras formas más amplias y plurales de conceptualizar tan resbaladiza noción: la entrada en el debate de conceptos como “desarrollo humano” (Paul Streeten), “desarrollo sostenible” (Herman Daly), o la misma idea —hermosa idea— de identificar, en un sentido amplio, desarrollo con libertad (Amartya Sen), quedan así ampliamente representadas en el libro. El último eje, “Colapso del Consenso de Washington y nueva agenda del desarrollo”, aglutina textos surgidos ante la manifiesta ineficiencia de las políticas ultraneoliberales de la década de 1980 y los primeros años noventa, sus consecuencias sociales y el substrato de falacia intelectual en que se sustentaron. Des-

de este ámbito, se nos brinda una buena crítica al reduccionismo metodológico del neoliberalismo (Joseph Stiglitz), una exposición de los principios rectores del neoestructuralismo latinoamericano (José Antonio Ocampo), una reflexión sobre el círculo vicioso entre acumulación desenfrenada, violencia y poder en el África subsahariana (Achille Mbembe), y una deconstrucción del discurso neoliberal sobre las virtudes del libre mercado a tenor, entre otros, de la experiencia de los “tigres del Pacífico” (Ha-Joon Chang).

Hay que decir, para terminar, que si bien en la selección que nos propone Fernando López “no están todos los que son” (tarea por otra parte imposible en un tema como éste), sí “son todos los que están”, razón por la cual nos hallamos ante un libro ineludible –y tremendamente útil– para todos aquellos interesados por el mundo del desarrollo. Libro que, a la postre, cuenta con dos virtudes que constituyen por desgracia una rareza en su género: su carácter marcadamente pluridisciplinar, y ahí queda la presencia de textos emblemáticos procedentes de allende la Economía del Desarrollo, y su vocación polifónica, esta última determinada por la inclusión de voces de todos los lados de las fronteras delimitadas por la geopolítica ficticia (y a la vez real) del desarrollo.

*Víctor Bretón Solo de Zaldívar
Universidad de Lleida*



Martin Minchom,
El pueblo de Quito. 1690-1810. Demografía, dinámica sociorracial y protesta popular
FONSAL, Quito, 2007, 303 págs.

¿Quiénes son los insurgentes y sediciosos que participan en las diferentes revueltas de la Colonia tardía? El historiador británico Martín Minchom extiende un plano de Quito de larga duración y, sobre este, hace que los proyectores abandonen a “los actores que poseen nombre propios y blasones sociales para dirigirse al coro de personas concentradas a los lados, para al fin centrarse en la multitud del público”. Esta cita de Michel de Certeau (1999:11)¹ bien se puede emplear para dilucidar la línea conductora de la obra en cuestión.

No basta con orientar los proyectores fuera de los reflejos del bronce: metodológicamente, el autor debe estudiar dónde situarlos y conocer el calibre de cada uno de ellos. Así, cada fuente se observa en su legitimidad, en su capacidad de dar luz sobre un grupo de personas o de acontecimientos, pero también en la sombra inevitable de su parcialidad. A lo largo de su obra –y con un evidente esfuerzo de revisión, cuestionamiento y búsqueda alternativa–, Minchom maneja un amplio horizonte documental con

¹ En su obra *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*, Gallimard, París, 1990 [1980], p. 11.